

EÇA DE QUEIROZ

CRITICA LITERARIA

por EDUARDO COLIN



SOBRE la fuerte desnudez de la verdad el velo diáfano de la fantasía. Este fué el mensaje que nos trajo.

Vive en la juventud literaria de España y América con alentar constante, como uno de los padres de la modernidad en estas tierras donde abrió nuevas rutas en la broza del clasicismo rezagado y del romanticismo ya languidecente, ñoño.

Trajo de Francia, de los ironistas ingleses, de los melancólicos y escuetos realistas rusos, la nueva actitud de la literatura ante las transformaciones urgentes de la vida, conservando, empero, su dulce condición, su suave bondad de sudlatino y todo el sabor y el jugo de su solar portugués.

Sus libros están hechos con refinamiento y con cosmopolitismo, que le aportó su existencia de cónsul—especialmente con resabios de Asia Menor, de Egipto, de las Islas del Archipiélago—mágicas y legendarias;—con gente exótica que llega a sus novelas de todos los puntos del globo; con términos de la poliglotia; pero también con sustancia viva de su país: "la cachazuda Lisboa", los amigos de aula o de café; los políticos como Pacífico (el del "inmenso talento"); los viejos nobles, altivos y devotos, encerrados en sus casonas señoriales; sus mujeres llenas de verdad humana, de frescura, de abandono (recordad la moza rozagante de "O Crime do Padre Amaro") todo tratado con la punta seca de la caricatura o con los colores cálidos y luminosos de la poesía y la cordialidad.

De tal manera Eça de Queiroz puso en su obra terrón y ambiente patrios, que sólo esos nombres de clara y especial sonoridad, Cintra, Coimbra, Alentejo, el Miño etc., bastan para traernos la evocación del fuerte ironizante y melancolizante de "A Cidade e as Serras".

Retina de realista "pur sang", procedimiento para aprehender con unos cuantos pinzazos de su observación fría, exacta, indiferente, el mundo sensible (en lo cual sólo Maupassant puede hermanarse) y escapes de idealismo, puntos de vista hacia la Belleza pura, paradojar elevado o caprichoso, y ese expertísimo sentido para descubrir dentro de la áspera corteza inexpresiva de todo objeto, de toda criatura, tras su epidermis sobada y gris, tras su desabrada y tacaña apariencia, el "más allá" flotante y misterioso que emerge de todas las cosas". Jaime Batalha Reis dice sobre este punto, hablando de Eça de Queiroz: "por encima de lo real, de lo lógico, de lo coherente, de lo explicable", "las necesidades misteriosas de lo contradictorio, lo sobrenatural, lo maravilloso".

Cualidades que están indisolublemente ensambladas. ¡Y qué agilidad para pasar de uno de los extremos a otro! Cuando está entregado al simple y lento desarrollo de una trama, en esos instantes en que hasta los más grandes novelistas hacen en cierto modo trabajo de folletín, aun sin quererlo, apremiados por la narración, por las necesidades técnicas; cuando nos presenta la historia parda de jueces, de gañanes, de un rentista; las ansias de un hortera que muere por el raso de una sombría que pasa; el "garçon" de restaurant que lee a Tennyson en sus ocios entre la grasa de las salchichas; la pobre mujer que teje su calceta y sus sueños limitados al borde del camino tras unos vidrios polvosos; los diálogos corrientes de burgueses, de políticos, todo lo que tiene la vida de opaco, de borroso, de mediocre, de cotidiano (¡que Laforgue tanto lloraba!), de administrativo, salta a simas filosóficas hondas, o cubre todas esas chateadas con un manto bordado de ensueño, con pedrerías de gracia, con flores y rocío de emoción, de piedad. O al contrario: en medio de su imaginación suelta, desenfrenada, de su pirueteo ideológico, de su pensamiento alto, volador, sutil, tiene toques "d'après nature", golpes violentos de objetivación concreta, precisa, descarnada que nos arrojan, aun palpitantes del vértigo de la idea y de su "esprit" fluido, aéreo, al nivel de la vida ordinaria, de la certidumbre trivial, llana, munda.

Esta crudez tan frecuente de su visión, explícase al viajar por las regiones ibéricas, amarillas y rocosas, destacadas

por su atmósfera límpida, bajo el cielo de nitidez ya africana. La luz, sea verano, sea invierno, cae siempre igual, mate y espesa sobre las ciudades y los campos, que toman con la caricia pareja, ardiente y eterna del Sol, filos y cuerpos rasos, desencajados, y colores elementales y netos; todo se presenta claro y evidente con una certeza inexorable: línea de montaña, mazo de claveles, llaga de mendigo, pincelada dura de mar, (así se comprende el espontáneo y robusto realismo del arte español). No hay nubes que velen el fanal de ese cielo, que paseen sus sombras sobre prado o muro, sobre dorso o semblante; no hay tintas intermedias, ni matices discretos, suaves; ni penumbras esfumadas, ni vagos nimbos sedosos que disfracen, espiritualicen o transfiguren una masa, un plano, un escorzo. Y el alma tiene que adherirse a esta realidad descampada, simple, deslumbrante, que obsesiona y vence. El tedio allí, no es como el "desabusement" del romanticismo francés, un tanto lírico; ni importado "spleen" inglés—al fin algo "fashionable"—ni se parece a la melancolía germana envuelta, mecida muellemente, arrullada en bruma y en vaguedad, sino que es un desencanto seguro, seco, contundente. Hay de esto en el profundo "dandy" portugués.

Pero es tan complejo, que ya acusa con su escaldado verismo la áspera y monótona naturaleza de Portugal y de España, o bien toma el otro elemento de esos países, antitético, pero que cohesita íntimamente: la sonrisa, la gentileza, la gracia de fuente de azulejos, de colorines gitanos, de naranjos andaluces, de tela de Murillo, de canto y relucir mañaneros del mar en una primavera de Lisboa: eso airoso, leve, ingénuo, perfumado que fluye sabrosamente por algunos rincones de los libros de Eça de Queiroz.

Y su composición se complica más aún: porque este hijo de "las razas y de los climas claros y definidores del sur" tiene cultura del norte, humo de Londres, "frimas" de París; tiene Heine, tiene Balzac, el Balzac "ricaneur"; se ha asomado al pozo embrujador de Oriente, del budhismo; es de la aristocracia mental de Renan y de la recta y fácil ternura de Dickens.

¿Cómo pudieron mezclarse cosas tan disímolas que a otro cerebro que no hubiera sido el del gran Eça lo habrían llevado al "snobismo" erudito, al diletantismo de club o de salón, al "cabotage", a la extravagancia intelectual? ¡Ah! porque poseía lo que unió todos esos ingredientes dispares, opuestos—que en vez de dislocar, de enturbiar, de embrollar su alma, la sazonaron y pulieron:—porque manaba de él la soldadura que dió cohesión, equilibrio, firmeza durable al híbrido abigarramiento de componentes que lo formaron: la intensa exuberancia de su personalidad.

Eso, su victoriosa fuerza individual, es lo que corre por sus páginas sin nunca agotarse. Este realista no servirá, como otros muchos, sólo de nombre para reseñar la escuela de Meudon. Porque (aparte de que su realismo, como hemos visto, tenía causas ingénitas) puede decirse que no practicó las recetas del sistema en boga sino auxiliar, secundariamente como necesidad de adaptación, como vínculo con su tiempo, como raigambre precisa para obrar en sus contemporáneos. Ningún sectarismo podía escapar a este espíritu virtualmente inteligente, ondulante, mofador, escéptico. Comprendió que el Arte no es perder y confundir la actividad individual en la acción de un agrupamiento, en un resultado colectivo, propio esto de la milicia, de las sociedades anónimas, de la mecánica, del parlamentarismo, sino labor de cada hombre, empeño de cada alma, brote exclusivo de cada ser, que el se prolonga y proyecta sobre los demás y sobre todo lo exterior es para mejor buscarse, descubrirse, crearse a sí mismo.

Este novelista es uno de los casos más salientes en la literatura moderna por esa abundancia y acentuación de personalidad que sorprende, fascina. Se diría que no es "el autor" lo que está en sus novelas, el "yo" literario, eso al fin vago, intelectual, abstracto, sino el individuo, el hombre mismo, la vibración viviente de sus nervios, directa; su repercusión cardíaca, digamos así; la figura—casi con relieve de existencia física—